

TEXTOS AS ORIXES DO TOTALITARSIMO, HANNAH ARENDT.

1. MASAS.

Los movimientos totalitarios son posibles allí donde existen masas que, por una razón u otra, han adquirido el apetito de la organización política. Las masas no se mantienen unidas por la conciencia de un interés común y carecen de esa clase específica de diferenciación que se expresa en objetivos limitados y obtenibles. El término de masa se aplica sólo cuando nos referimos a personas que, bien por su puro número, bien por indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común, en los partidos políticos, en los gobiernos municipales o en las organizaciones profesionales y los sindicatos. Potencialmente, existen en cada país y constituyen la mayoría de esas muy numerosas personas neutrales y políticamente indiferentes, que jamás se adhieren a un partido y rara vez acuden a votar.

2. PROPAGANDA.

Sin embargo, para los fines de la organización de masas, el valor principal de la estructura organizadora y de los cánones morales de las sociedades secretas o conspiradoras ni siquiera se basa en las garantías inherentes de pertenencia y lealtad incondicionales y en la manifestación organizativa de hostilidad indiscutida al mundo exterior, sino en su insuperable capacidad para establecer y salvaguardar el mundo ficticio a través de una mentira consistente. Toda la estructura jerárquica de los movimientos totalitarios, desde los ingenuos compañeros de viaje hasta los miembros del partido, las formaciones de élite, el círculo interior del entorno del jefe y el jefe mismo, puede ser descrita en términos de una mezcla curiosamente variable de credulidad y cinismo con los que se espera que cada miembro, según sea su categoría y su posición en el movimiento, reaccione ante las cambiantes declaraciones mentirosas de los jefes y ante la ficción ideológica central e inalterable del movimiento.

Una mezcla de credulidad y de cinismo era característica sobresaliente de la mentalidad del populacho antes de convertirse en fenómeno cotidiano de las masas. En un mundo siempre cambiante e incomprensible, las masas alcanzaron un punto en el que, al mismo tiempo, creían en todo y no creían en nada. Pensaban que todo era posible y que nada era cierto. En sí misma, la mezcla resultaba suficientemente notable porque significaba el final de la ilusión de que la credulidad fuese una debilidad de almas primitivas que nada sospechaban, y el cinismo, el vicio de mentes superiores y refinadas. La propaganda de masas descubrió que su audiencia siempre estaba dispuesta a creer lo peor, por absurdo que fuera, y que no se resistía especialmente a ser engañada, puesto que, de todas formas, consideraba cualquier declaración una mentira. Los jefes totalitarios de masas basaron su propaganda en la correcta suposición psicológica de que, bajo semejantes condiciones, uno podía hacer un día creer a la gente las más fantásticas declaraciones y confiar en que, si al día siguiente recibía la prueba irrefutable de su falsedad, esa misma gente se refugiaría en el cinismo. En lugar de abandonar a los líderes que le habían mentido, aseguraría que siempre había creído que tal declaración era una mentira, y admiraría a los líderes por su superior habilidad táctica.